



COCOMACIA: VEINTICINCO AÑOS ABRIENDO CAMINOS...

(Recuerdos históricos y visión de futuro)

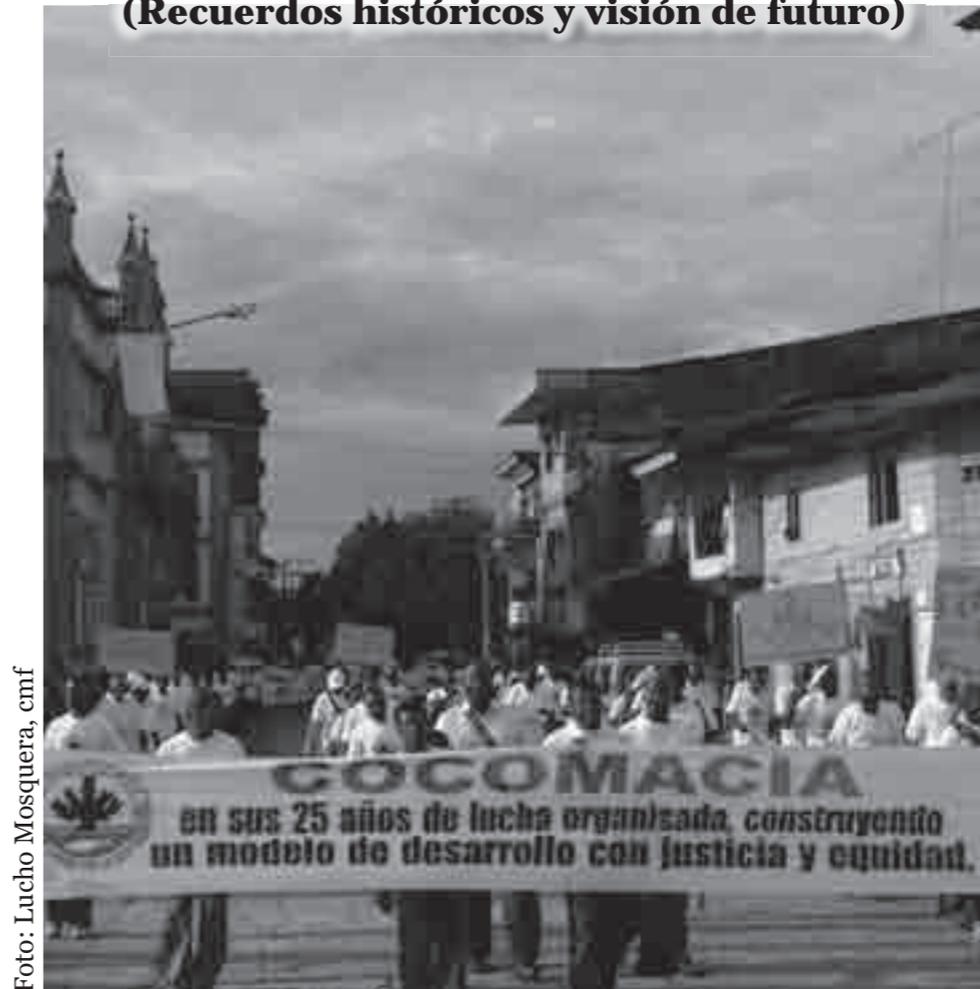


Foto: Lucho Mosquera, cmf

Gonzalo M. de la Torre Guerrero



La tarea que tiene toda organización es la de saber responder a los desafíos que presentan cada día los signos de los tiempos. El día en que nació la Asociación Campesina Internacional del Atrato ACIA había unos desafíos, propios de la década de los 80. Pero, cada década tiene sus propios desafíos. No es suficiente existir, para decir que se está cumpliendo una misión. Es necesario existir respondiendo a lo que la historia quiere de nuestra Organización en cada momento. La práctica política de nuestro país nos ha enseñado a responder a los intereses del grupo que está en el poder. La razón que siempre se nos alega es que fueron los que ganaron las elecciones y deben recuperar lo invertido. En Colombia ha hecho carrera este principio, raíz de corrupción, y hasta nos puede parecer normal que las organizaciones también lo apliquen. Por eso, nos podemos llegar a acostumbrar a que cada Junta Directiva resuelva los problemas de su grupo y perderíamos el horizonte del bien común, el de la verdadera historia. Por lo tanto, como punto de partida, damos una palabra de aprobación a los dirigentes del Consejo Comunitario Mayor de la ACIA - COCOMACIA, que aceptan el desafío de recordar un poco su historia, con la complacencia de que ella confirma muchos aciertos, pero también con el riesgo de que ella a ratos pueda decirnos cosas no muy agradables.

Me han encargado recordar lo que yo creo han sido grandes logros del COCOMACIA. Pretendo reunirlos sólo en cinco puntos, que me parecen fundamentales desde mi visión de evangelizador: la opción fundamental por la vida que le dio origen a la ACIA, su gran preocupación original por formar a sus integrantes, la incorporación de la mujer en las estructuras de dirección, la opción por el territorio y el hecho de hacer de la propia fe cristiana un compromiso con la vida. Quiero hablar como testigo de esa primera historia del COCOMACIA, la que nació siendo simplemente Asociación Campesina Integral



del Atrato. No hay duda que también hay cosas grandes en esta Organización, que se atrevió a tocar, así sea en una pequeña parte, la casi inamovible historia del Chocó. Por algo COCOMACIA es hoy la mayor organización social del Chocó, para responsabilidad de todos sus integrantes y, de una manera particular, de los que hoy estamos aquí reunidos.

1. EL DÍA EN QUE LOS CAMPESINOS OPTARON POR LA VIDA, A PARTIR DE UNA ORGANIZACIÓN

Eran los años de la llamada década perdida del siglo pasado, la de los años 80, llamada así por la paralización de la economía, pero no por la paralización de los procesos populares organizativos, cuyo auge comenzaba a despertar la reacción del paramilitarismo. La ACIA va a nacer en ese contexto. Quienes entonces compartíamos la suerte del Medio Atrato, nos encontramos con un campesinado empobrecido, víctima pasiva de los accidentes naturales que dificultan la vida en el campo, silenciado, sin influencia en los estamentos de gobierno, con su conciencia atada a las ofertas y compromisos politiqueros, con unos valores culturales debilitados y resignado a seguir jugando un papel pasivo en su propia historia, muchas veces construida e impuesta por otros.

Hubo un momento en el que todos sentíamos la necesidad de una organización campesina negra autónoma, en una región donde más del 90% son afrodescendientes. Pero ¿qué hacer, si en lo secreto de la conciencia de todos estaba la idea taladrante de que “los negros, por su indisciplina, no son capaces nunca de organizarse”? ¿Qué hacer para convencernos de lo contrario? Sucedió entonces un acontecimiento: los grandes bosques de especies nativas finas se les estaban acabando a las grandes compañías madereras del Bajo Atrato. Éstas comenzaron a medir afanosamente los bosques del Medio Atrato, corrompiendo con promesas falsas a los campesinos. A éstos se les estaba olvidando que ya el Bajo Atrato estaba casi barrido de bosques y que deberían ser reemplazados por otros megaproyectos que ya hoy sabemos cuáles eran: la invasión del paramilitarismo, el desplazamiento masivo de campesinos, la pérdida de sus tierras y la siembra de palma aceitera. Esto tocó la fibra del campesinado medioatrateño quien, anticipando el futuro, ya se veía sin tierras, sin territorio y como peón de sus propios bosques. La destrucción de los bosques estaba en pleno auge. La cartilla de alfabetización medioatrateña conserva, a propósito, estas ideas:

*¿Qué le queda a nuestros hijos?
-te pregunto compañera-*

*¡Ni pa' champa, ni pa' casa,
los bosques tendrán madera!*

*Los recursos naturales
llegarán a su final,
si entre todos no paramos
su explotación criminal.*

*Territorio es un espacio
con la vida que él genera,
con la historia que allí nace
y la cultura que encierra.*

*Selvas, bosques, ríos, tierras,
son nuestra casa y destino;
con su vida y sus espíritus
compartimos el camino.*

Esto era lo que los campesinos no querían perder. Fui testigo en Tagachí de este grito unánime del campesinado: ¡Nos organizamos, cueste lo que cueste! Nuestros bosques seguirán siendo nuestra propiedad y nuestro territorio no será destruido. Sin él moriríamos como etnia.

En realidad, era fácil decir “nos organizamos”. Pero era muy difícil realizarlo, ya que para ello había que tocar intereses y compromisos de gamonales y de gobierno y vencer los propios prejuicios. Conscientes de ello, viajamos a Bogotá con un grupo de campesinos, para formular la denuncia, ya que no confiábamos en los compromisos de la Codechocó de entonces. Fuimos oídos con atención y respeto. Más aún, en las oficinas del Incora de Bogotá nos enteraron de que todos los bosques del Chocó ya estaban inventariados, de que Codechocó ya estaba a punto de entregarlos a las compañías madereras y de que nadie del Chocó había hecho ningún reclamo. El Gobierno Central dio la orden de que se suspendiera dicha entrega. Era el tiempo en el cual el Chocó seguía siendo declarado tierra baldía, propiedad del Gobierno Central.

La urgencia de organizarnos salió de aquí: los ancestros y espíritus vitales de nuestros bosques prendieron la llama de la organización y se la entregaron a unos campesinos valientes que deberían ir transmitiéndola a todas las orillas. Y la llama llegó a todos los caseríos del Medio Atrato y hubo pactos de entendimiento de unas zonas con



otras y hubo confianza en la palabra que mutuamente nos dábamos y pudimos celebrar con tragos de aguapanela caliente y con chistes y cuentos nocturnos el nacimiento de una organización que entonces se llamó simplemente ACIA.

Los madereros también se organizaron, recogieron firmas e hicieron sus propios estatutos, que no fueron otros que saber buscarle a la ley su parte débil, para legalizar la destrucción de lo que sigue siendo vida, aire puro y generación de agua para una humanidad que agoniza, ya que terminó irrespetando del todo a la vida, para convertirla en negocio. Desde entonces el dilema está planteado: o los campesinos organizados reivindican el derecho de que la naturaleza viva en servicio de todos, o las empresas y organizaciones madereras seguirán sembrando la muerte. Entre la vida y la muerte siempre ha ganado y seguirá ganando quien se muestre más activo. Pareciera que en esto los campesinos vienen siendo derrotados y con ellos COCOMACIA: la muerte de la naturaleza sigue avanzando en el Chocó. Pero corrijo: a la hora de la verdad, no son los campesinos ni COCOMACIA los derrotados: es toda la sociedad colombiana, porque sus líderes políticos y sus legisladores parlamentarios no tienen un horizonte de vida, sino de unos intereses económicos personales y partidistas bien calculados que, como un cáncer maligno, consumen la vida de una patria que pareciera hasta ahora, frente a los hechos, sólo importarles las riquezas del Chocó y no sus habitantes indígenas y afrodescendientes, de los cuales parece que se avergonzara.

Tareas de futuro:

Frente a la opción por la vida que ha hecho COCOMACIA, las tareas son concretas:

- 1) Los campesinos deben darse cuenta del poder que tienen en sus manos: según la Ley 70 de 1993, los bosques no pueden ser entregados a los madereros sin el permiso de los Consejos Comunitarios Locales. Por lo mismo, la dirigencia de COCOMACIA debe, ante todo, colaborar en la formación de la conciencia de estos Consejos y en su responsabilidad frente a los bienes comunitarios que manejan, a fin de no caer en propuestas de corrupción. Por la madera de los bosques les harán toda clase de propuestas corruptas.
- 2) Pero también la dirigencia de COCOMACIA debe preguntarse acerca de la influencia moral que ella realmente tiene en los Consejos Comunitarios Locales. ¿Está en capacidad de evaluar las acciones de estos Consejos Locales frente a la conservación y al uso sostenible de los bosques?

- 3) La vida fue y debe seguir siendo la razón de ser de COCOMACIA. La amenaza de la destrucción de los bosques está viva. El robo de información y de patentes de la selva está a la orden del día. La dirigencia aciática y los campesinos que conforman su base social deben agudizar su sospecha frente a un Estado que seguirá entregando y vendiendo a sus espaldas la riqueza de la selva, para pagar deuda externa, sin darle participación a las comunidades. Hay que desconfiar de un Estado cuyos funcionarios no tienen la intención de cumplir las promesas que le hacen al pueblo, cuando éste les reclama.
- 4) Hay que romper de nuevo con el prejuicio de que “los campesinos, por no tener estudios formales, no pueden hacer nada”. El campesino tiene su propia sabiduría, su propia ciencia. Lo peor que hay para alimentar los intereses de los poderosos es sentirse de menor calidad que ellos.
- 5) Debemos aplaudir con gozo el hecho de que la opción por la vida llevó a COCOMACIA a realizar su Plan de Etnodesarrollo. Puesto que este proyecto concreta la vida en todos los aspectos, debe constituirse en el punto clave desde donde COCOMACIA sepa discernir los proyectos que se le ofrecen. Estos pueden venir o de agencias internacionales de desarrollo, no siempre claras frente a los verdaderos intereses del pueblo, o de personas de casa, que miran más sus intereses personales que los de las comunidades. COCOMACIA no debe aceptar todo proyecto que se ofrezca. El dinero puede tener la fascinación de que le soluciona el problema económico a los directivos de turno, pero deja herida a la Organización que pierde su rumbo. Tampoco el deseo de colaborar con su propia gente debe ser razón para respaldar proyectos contrarios al Plan de Etnodesarrollo. Esta compasión mal entendida debilita ante las bases la credibilidad de los dirigentes.
- 6) COCOMACIA corre el peligro de desgastarse, aceptando todo lo que le ofrecen. Esto hace que sitios o zonas necesitadas de atención, no la encuentren y que se noten más bien deseos de buscar u obtener beneficios, más que de prestar servicios.

2. EL DÍA EN QUE LOS CAMPESINOS SE DIERON CUENTA DE QUE, EDUCÁNDOSE, VALÍAN EL DOBLE

Desde un principio nos dimos cuenta de que organizarse no era sólo reunirse. Era comenzar a realizar tareas de todo tipo, para las cuales se necesitaba preparación y formación. Era necesario saber leer y escribir, conocer los problemas y estudiarlos,



hacer y responder comunicados, preparar y dar conferencias, saber utilizar el tablero y el papelógrafo, gastar tiempo a conocer las leyes relacionadas con los objetivos de la organización, llevar el secretariado de las reuniones, etc. etc. El campesino que no fuera un poco estudiado no podía desempeñar cargos en la organización. Además, las pequeñas microempresas que empezaban a surgir, requerían personas que también supieran algo de números.

Fue entonces cuando nacieron las campañas de alfabetización y el compromiso de misioneros y directivos de dar formación y educación, en forma de cursillos, conferencias, charlas. Este esfuerzo masivo quedó plasmado en dos campañas de alfabetización, con dos cartillas propias, construidas desde la realidad del Medio Atrato. Ellas guardan una memoria invaluable. En ellas quedaron consignadas, en forma de versos populares, ideas como éstas que vale la pena recordar:

*Yo no estudié de chiquito,
pero mantengo esperanza:
de grande puedo aprender,
si tengo perseverancia.*

*Si tú quieres cosechar,
dale amor a tu semilla;
y si quieres aprender,
cógele amor a la silla.*

*Derecho a la educación
las leyes han proclamado;
sin embargo, este derecho
al campo nunca ha llegado.*

*A pesar de tener vista,
hay mucha gente que es ciega:
no ve el por qué de las cosas
y vive siempre a la espera.*

*Saber leer y escribir
me aporta el gran beneficio
de prepararme mejor
para prestar más servicios.*

Con alegría y orgullo vimos crecer a nuestros campesinos y a los Comités Locales: los misioneros fueron siendo reemplazados en la dirección y en el secretariado de las reuniones y asambleas. Su voz fue llenándose de confianza y elocuencia y no se callaron ante funcionarios o delegados de instituciones y organizaciones, ni tampoco ante los mismos misioneros. Nos sentíamos orgullosos de ellos, pues los vimos sentados, sin complejos, al lado de gentes de fuera, de otras organizaciones prestantes, y sin complejo alguno de inferioridad.

Tareas de futuro:

- 1) COCOMACIA debe ser consciente de que su base social, el campesinado, está abandonada, sin formación, sin actualización, sin campañas de alfabetización que le formen una conciencia crítica y le abran horizontes nuevos. El comité de educación de COCOMACIA está en deuda con la historia. No es un Comité que se haga sentir con la fuerza que se necesita. No hay programas de formación de las bases. No es suficiente que los dirigentes crezcan en formación. Ésta debe llegar también a las bases.
- 2) Tanto para los dirigentes como para las bases es urgente formarse en una conciencia crítica, pues de lo contrario las conciencias de nuestros campesinos seguirán siendo cautivas y presa fácil de los politiqueros que aún no los sueltan. La frase de Diego Luis Córdoba “por la educación se accede a la libertad”, sólo es verdad cuando se trata de una educación crítica. ¡Cuántas personas educadas, pero sin conciencia crítica, están hoy en la listas de los corruptos del país!
- 3) Si COCOMACIA no forma y educa a los campesinos y a sus Comités Locales, perderá la base social que ha sido hasta ahora su fuerza. Una base social ignorante será siempre presa del más fuerte y entenderá poco de razones, tomando siempre el camino de las ventajas económicas personales. Una base social que por ignorancia no acompaña ni respalda las decisiones de sus directivas, no sirve para nada, se convierte en una mentira. La base social de COCOMACIA, las comunidades, casi no conocen a los que integran la Junta Directiva. Nos queda la tarea de examinar por qué el nombre de COCOMACIA es más fuerte al exterior de la misma que ante su propia gente.

3. EL DÍA EN QUE LOS CAMPESINOS VALORARON A SUS MUJERES Y FACILITARON SU INCORPORACIÓN A LA ORGANIZACIÓN

Todos valoramos, desde la perspectiva que nos facilita la experiencia lograda por COCOMACIA en estos 25 años de vida real, el papel decisivo que juega la mujer en toda organización. Al principio no era así. El machismo tradicional,



propio de nuestro modelo de familia patriarcal, hacía que nuestros varones tuvieran muy controlada y encerrada a la mujer en la casa o en la finca. Ésta era la práctica heredada, fundamentada en la desconfianza, los celos y el machismo, en la falta de formación, en los prejuicios religiosos basados en interpretaciones no correctas de la Biblia, en el modelo tradicional de educación que aún nos gobierna, etc.

Tan pronto nuestra Organización Campesina comenzó a tener vida, vio la necesidad de la participación de la mujer en todos sus estamentos. En cada rincón de cada comunidad veíamos a las mujeres activas, con una palabra y unas actitudes más libres que las de los varones, con una capacidad de colaboración y de sacrificio digna de mejor causa y con inmensos deseos de que su organización echara para adelante. Ellas intuían lo que podía significar una organización que tuviera su fuerza en esos rincones apartados de la selva, donde nunca llegaba el Estado, excepto con los corruptos programas electorales que él siempre le ha autorizado y tolerado a los politiqueros de turno.

¿Cómo romper con el encierro de nuestras mujeres? ¿Cómo hacer que sus maridos les permitieran esa libertad que generaba tantos celos y desconfianzas? Considero que esto fue uno de los primeros milagros de la organización y lo que permitió que ella tomara fuerza desde un principio. Uno de esos acontecimientos inolvidables de la incorporación de la mujer a un proceso abierto organizativo, sucedió de la siguiente manera.

Una de las preocupaciones primeras fue la de saber encontrar el modelo de organización campesina que íbamos a adoptar. Visitamos varias experiencias de Colombia, pero no supimos encontrar entonces (comienzos de la década perdida de los 80), ninguna organización de comunidades negras que nos sirviera de orientación. Fue entonces cuando decidimos embarcarnos en una especie de aventura. Lo era de verdad, pues el proyecto era visitar las comunidades del Urabá chocoano, viajando por río y por mar unas 60 personas campesinas de las comunidades medioatrateñas.

Era necesario que en esta experiencia nos acompañaran mujeres, pues su opinión, su análisis y su compromiso eran indispensables. Visitamos las comunidades atrateñas, tuvimos reuniones y con gran dificultad convencimos a algunos de los maridos para que autorizaran a sus mujeres para dicho viaje, que ciertamente tenía visos de aventura. Prometimos y casi juramos que no iba a pasar nada y que sus mujeres volverían sanas y salvas.

Nos embarcamos en un barco pesquero de dos pisos, que “Copescur”, Compañía de Pesca del Urabá antioqueño, nos prestó durante varios días. Para dormir hacíamos estaciones en los pueblos grandes de la orilla. Allí, de noche, nuestras mujeres preparaban los alimentos del día siguiente. Y en las largas horas de viaje discutíamos sobre el modelo posible de nuestra organización, diseñábamos cursos de alfabetización y economía y cantábamos cantos regionales y alabaos.

En la población llamada Titumate, a orillas del mar Atlántico, asistimos a un foro de los pueblos del Urabá chocoano sobre agricultura. Allí, en tierra extraña, palpamos la elocuencia de nuestros campesinos y campesinas, enfrentadas a funcionarios aguerridos del Gobierno. Y, a decir verdad, ganaron en elocuencia y convencimiento. Este foro y las visitas a los pueblos del Urabá nos dejaron experiencias y, sobre todo, contactos valiosos para el futuro.

Con la alegría de sus maridos, efectivamente las mujeres volvieron sanas y salvas, los niños no se murieron de hambre, los maridos pasaron sus noches solos y tranquilos, no se desbarató ningún matrimonio y quedó ya establecida una experiencia como referente de que las mujeres podían y debían acompañar con responsabilidad y éxito a la organización y que, sin ellas, la organización estaría siempre incompleta y débil. En el secreto de la confidencia quedó un chiste que estuvo rodando un tiempo en algunas comunidades. Algunos varones medioatrateños comentaban con picardía: “Vean ve cómo es la vida: ahora terminamos también nosotros guardando castidad, como dicen los curas que la guardan. ¡Quién lo iba pensar!”. Por mi parte, yo comentaba con algunos compañeros y compañeras: ésta es precisamente la castidad de la que habla el Testamento Cristiano, cuando somos capaces de separarnos de la compañera o compañero en razón de alguna causa justa.

La cartilla de alfabetización recogió este derecho de las mujeres a ser tenidas en cuenta, sin que el matrimonio se les convierta en cárcel o en pérdida de dignidad.

Este verso lo recuerda:

*Aunque es trabajo de todos,
corresponde a la mujer
su dignidad y derechos,
sin temor, hacer valer.*



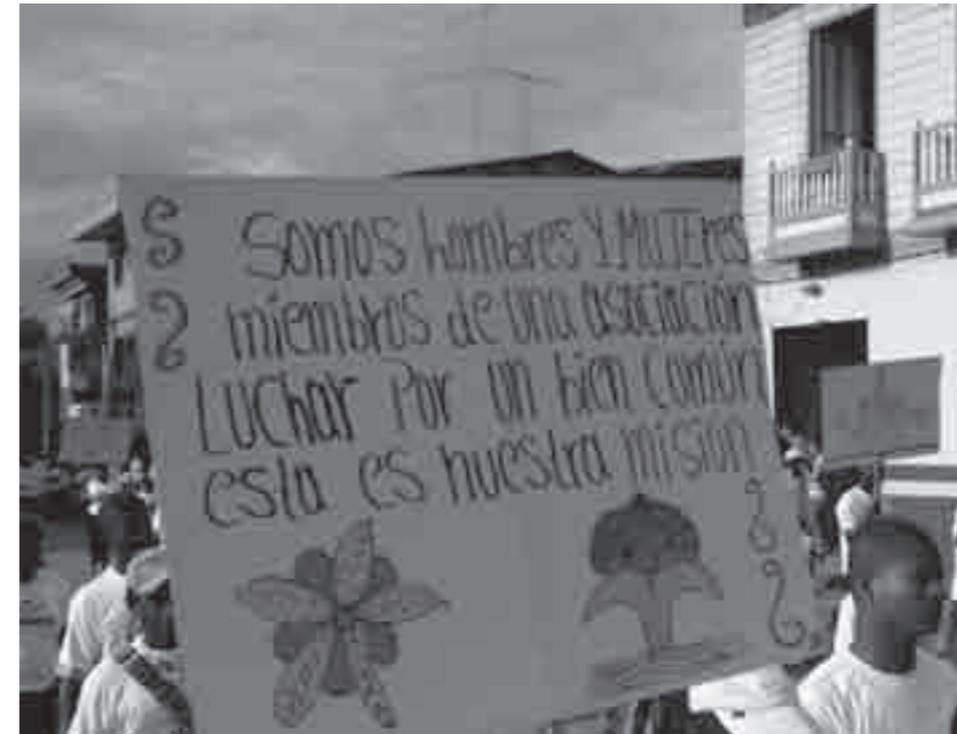
Tareas de futuro:

- 1) Todavía COCOMACIA, a pesar de sus logros en el campo de los derechos femeninos, no lo ha logrado todo. Hay que seguir creando conciencia en las bases para que más mujeres lleguen a ocupar puestos de responsabilidad. No es conveniente que las directivas de la Organización sean tan masculinizadas y que los varones creen que es un derecho sólo suyo el ocupar los puestos donde hay un referente económico.
- 2) Si a las mujeres les corresponde hacer el esfuerzo por educarse, a COCOMACIA le obliga ofrecer a las comunidades medios de formación asequibles a todas ellas.
- 3) Seguimos insistiendo en que el Comité Educativo de COCOMACIA tiene pendiente una deuda de formación respecto a las mujeres. El servicio que puede prestarle a la organización una mujer formada sigue siendo trascendental, pues por la educación se consigue muchas veces lo que las discusiones y peleas nunca logran.
- 4) Frente a la educación Oficial, la Organización Campesina, a través de sus Consejos Comunitarios Locales y de la Junta Directiva, debe ejercer su derecho de veeduría crítica y reivindicar el derecho de las comunidades a tener infraestructura adecuada y los docentes necesarios. Es también tarea de COCOMACIA exigir la etnoeducación como metodología pedagógica para todas sus escuelas y colegios.

4. EL DÍA EN QUE LA ACIA CENTRÓ LA MIRADA EN EL TERRITORIO Y CAMBIÓ SU NOMBRE A COCOMACIA

Ya señalamos que el punto que prendió la llama de la organización fueron los bosques amenazados. La ACIA comprendió desde un comienzo que hablar de los bosques era hablar del territorio y que si quería defender sus árboles maderables, debía también asegurar la propiedad, el dominio y la presencia permanente del campesinado en sus territorios.

Los indígenas de otras partes de Colombia vinieron en nuestra ayuda, en un momento crucial. Ellos sabían lo que era la lucha por el territorio y el valor que esto tenía para una organización campesina. Recuerdo que en la población de Amé hubo una asamblea significativa en este punto. Allí aprendimos que lo más importante para el Chocó era reivindicar el derecho al territorio, centrar la mirada en él y obligar al Gobierno a que le reconociera a los campesinos la propiedad comunitaria de la tierra. Lo que durante siglos había sido su hábitat,



Fotos: Lucho Mosquera, cmf.



y ya se había convertido en lugar consagrado por el entierro de sus muertos convertidos en ancestros y por los espíritus de la selva convertidos en amigos y familiares, esos territorios tenían que ser propiedad de las comunidades que los habían cuidado.

En Amé, un gran líder indígena nos contó su historia y sus luchas y nos abrió los ojos, para que nosotros hiciéramos desde el comienzo lo que ellos venían haciendo durante mucho tiempo. Y lo aprendimos. Estuvimos todos convencidos de que el problema fundamental era el territorio y de que había que buscar las formas jurídicas a través de las cuales los campesinos recobrarán el derecho de ser los reales propietarios de sus tierras. Fue la consagración, la sabiduría y la astucia de dos mujeres abogadas, amigas y compañeras de gran recordación, lo que permitió que se encontrara la fórmula para que se empezara a dar el milagro de que la ACIA recibiera en propiedad comunitaria cerca de ochocientas mil hectáreas de bosques. Por algo el presidente de la República vino al Chocó, a Quibdó, para entregarle a la ACIA, a los campesinos del Medio Atrato, el documento que legalizaba la propiedad comunitaria de su territorio. A partir de aquí, otras regiones del Chocó y de Colombia, habitadas por afrodescendientes, se sirvieron de la misma fórmula para reivindicar también su derecho al territorio. La ACIA abrió un camino inmenso, que sólo la historia dirá su valor.

Lo que vino después fue lógica consecuencia de lo anterior. La ACIA, como tal, se constituyó en el Consejo Comunitario Mayor del territorio aciático, y los Comités Locales se convirtieron en Consejos Comunitarios Locales. De aquí el nuevo nombre de la ACIA: "COCOMACIA" (Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato). Es decir, el nombre mismo de la organización lleva no sólo el recuerdo de una lucha y una intuición, sino el compromiso de no retirar los ojos del territorio. Esto es tan sagrado, que el pecado mayor que podría cometer un aciático contra su organización es el de llegar a hacer algo que signifique destrucción o entrega a otros del propio territorio.

Para algunas personas, la entrega del territorio a COCOMACIA y la prohibición de venderlo o entregarlo a foráneos significa para el Chocó un retraso en su progreso. Cuando estas personas hacen esta lectura, se les olvida que lo que están pidiendo para el Chocó es que en él se repita el modelo de progreso neoliberal que ha ido destruyendo poco a poco la patria, creando un gran abismo económico y social entre la gente pobre de Colombia, que cada vez tiene menos, y los ricos de la patria que cada vez tienen más.

El verdadero progreso se mide por el grado de felicidad que obtiene el pueblo, según el criterio de felicidad que le da su propia historia y cultura. Lo triste es que también a nosotros nos han acostumbrado a tener el mismo criterio de felicidad que poseen los que ya se acostumbraron a ser felices a costa del dolor y de la muerte de los otros. ¿Quién no desea para el Chocó unas carreteras humanas que lo conecten con dignidad con el resto del País? ¿Quién no quiere que los campesinos tengan el derecho de medios de transporte fluviales, de energía eléctrica, de programas de educación y salud en todos los niveles, de creación de fuentes de trabajo, de asistencia técnica, de crédito que les permita explotar tantos recursos aún no explorados en el Chocó? Todo esto es progreso y felicidad para el pueblo, pero siempre que se tenga en cuenta su propia historia y cultura. ¿Por qué no se le consulta al mismo pueblo qué es lo que lo hace realmente feliz? ¿Será que el campesinado chocoano es feliz viendo que la vida de sus bosques y ríos y ciénagas van siendo irremediabilmente destruidos? ¿El modelo de felicidad está en entregar el propio territorio, el permitir que desaparezcan comunidades indígenas enteras, porque no se tiene cuidado en construir una vía de comunicación que respete la vida, la biodiversidad? ¿No es esto lo que se pretende hacer en el Chocó, con el ciego aplauso de muchos?

Tareas de futuro

- 1) La COCOMACIA, frente al territorio, no puede ser cándida. Detrás de las tierras campesinas siguen presentes los megaproyectos, cuyo objetivo es adueñarse de las tierras campesinas, desplazar sus actuales poseedores, para darle otro uso a su territorio. Los campesinos dueños hoy de sus tierras están programados para ser los peones de esas mismas tierras el día de mañana. La COCOMACIA ha logrado hacer presencia en varios estamentos donde se nombran funcionarios y gerentes representantes del Gobierno. Los delegados que representan a COCOMACIA en estas instancias no pueden traicionar los ideales de la Organización, ni entregar su voto por conveniencias económicas o políticas. En toda reunión con representantes del Estado está en juego la existencia del territorio. ¡Se requieren sospecha y astucia, compañeros dirigentes de COCOMACIA!
- 2) Cuando la tarea es grande, como la lucha por el territorio, sólo se es capaz a través de la unión. A lo único que temen los megaproyectos es a que el pueblo se una, porque unido se vuelve gigante y se hace escuchar y sentir. Hay que saber crear alianzas, hay que saber con quién se hace compañía, sabiendo ciertamente que hay que respaldar a otros para ser respaldado en el momento de la propia necesidad. En toda lucha, en todo proyecto, siempre hay mucho



que aprender de los que ya han pasado por allí. ¿Lo está haciendo ahora COCOMACIA?

5. EL DÍA EN QUE LOS CAMPESINOS LE ENSEÑARON A LA IGLESIA A UNIR LA FE CON LA VIDA Y A DESPOJARSE DE PODER

Pidiéndole a todos ustedes su venia, quiero tocar, como punto final, un tema de Iglesia. Creo que en conciencia debo hacerlo, pues también en esto la historia nos alecciona: nos encontramos aquí con uno de los grandes logros de COCOMACIA.

La Iglesia de los años 80 era la Iglesia del posconcilio que, hay que confesarlo, también le llegó tarde al Chocó. Uno de los logros del Concilio y, sobre todo de su aplicación a América Latina a través de las Conferencias de Medellín y Puebla, había sido el acercamiento al pueblo. Esto teológicamente tiene una fórmula, que es ésta: buscar que la fe del pueblo se conecte con su vida. Es decir, que la fe de evangelizadores y pueblo no sea una fe espiritualista, sino aterrizada, comprometida con las realidades terrenales en las que concretamente hombres y mujeres se humanizan. A la fe le debe interesar la vida, pues es en ésta en donde se entra en contacto con los demás y en donde aparece la posibilidad del amor, que es lo único que nos salva.

Por gracia de Dios, éste fue el propósito de la Iglesia local de la Diócesis de Quibdó, que por aquellos años -los de la década perdida- sintió una presencia del Espíritu de Dios en sus estructuras. La pobreza y simplicidad de los campesinos tocó el corazón de la Iglesia de entonces. Los campesinos y campesinas nos evangelizaron a los misioneros. Y, como Iglesia, aprendimos a estar cerca de ellos y ellas, a convivir con ellas y ellos, a tomar la iniciativa de la organización, a correr con los riesgos de esta gran empresa, a poner a disposición de los pobres del campo talentos y bienes, a despojarnos de todo poder, para lograr estar cerca de un pueblo empobrecido y oprimido, a valorar la lealtad campesina, su colaboración, su cariño, su ternura, su picardía, su amor a la vida y a los hijos, su sabiduría para sobrevivir en un ambiente hostil, su gran capacidad de cuidar la naturaleza y su apertura a nuevos horizontes. Todo esto hizo que Iglesia y campesinado camináramos juntos en un momento decisivo para la historia del Medio Atrato. Convertir a una Iglesia, con el peso de su tradición, no es fácil. Creo que esta conversión todavía está presente en nuestra Iglesia de la Diócesis de Quibdó.

Se puede decir que en ese tiempo supimos superar las ataduras que toda estructura coloca. Una de ellas fue la estructura geográfica asignada por ley

canónica a cada grupo religioso que trabaja en determinado territorio. Entonces en el Medio Atrato trabajábamos Misioneros Claretianos, Misioneros Verbitas, Misioneras Agustinas y Misioneras Lauritas, todos con sus respectivos equipos de laicos. Los campesinos nos ayudaron a hacer el milagro de romper las propias fronteras, para aprender a comunicarnos las propias experiencias, a compartir tiempos de formación y de planeación y a aunar esfuerzos, yendo los unos a los territorios de los otros, como si fuera el propio territorio, sin celos, sin sospechas, sin resentimientos, pero con mucha humildad, comprensión y amor.

De todo esto resultó una Iglesia unida en torno a la organización, una Iglesia clara frente a lo que debía hacer en cada momento, una Iglesia generosa que daba todo lo que era, lo que tenía, lo que sabía y lo que creía, a favor del pueblo que se organizaba. El gran milagro que se dio entonces fue el de una Iglesia que creyó en el pueblo y por eso creyó en sí misma y sacó de su interior esa extraña fuerza que afronta con tranquilidad grandes retos y va solucionando poco a poco los grandes desafíos del momento.

La ACIA empezó a tener, y con razón, un lugar de privilegio en la pastoral del entonces Vicariato Apostólico de Quibdó, lugar que conservó al pasar a ser Diócesis. Organización campesina e Iglesia emprendieron desde entonces un camino juntos, aunque con sus propias y naturales dificultades. Mientras por una parte era urgente que la organización lograra una completa autonomía, por otra se veía necesaria una maduración de la misma, a fin de que, por precipitación, no abortara la criatura tanto tiempo esperada. Mientras tanto, los equipos proseguían su camino de integración, de entregarle a la Organización recién nacida las propias banderas. Un símbolo de este proceso fueron las publicaciones periódicas que los equipos misioneros tenían. La publicación de los equipos de arriba se llamaba "Con Ustedes", mientras la de los equipos de abajo se denominaba "Despertar". Y como señal de unión y compromiso transformamos las dos revistas en una, que se llamó "Despertar con Ustedes". Más tarde esta misma publicación dejó de existir, para que naciera la revista propia de la ACIA, "El Atrateño", todavía con vida, aunque un poco lánguida.

Un momento significativo de este diálogo libre y espontáneo entre Iglesia posconciliar y organización popular, se dio en un encuentro que tuvo lugar en Beté. El gran salón de la casa cural estaba lleno y el calor del clima, de la expectativa de los ánimos, de las noticias que se comunicaban y de las preguntas que con franqueza se hacían, subía la temperatura. En medio de la expectativa de una organización que nacía amenazada por madereros y mal entendida por



funcionarios del Estado, un campesino (Heriberto Rentería, un elocuente médico raicero de Puné, que en paz descansa), levantó la voz y me increpó: “Dígame, en nombre de Dios, P. Gonzalo de la Torre, si esta organización tiene que ver algo con el comunismo. Jure ante el pueblo y díganos la verdad”. Sentí que la mirada de todos, acusadora y expectante, se clavaba sobre mí.

En mi interior pensé: ¡Qué pesar! Lo mismo de siempre: tan pronto se ve a una Iglesia comprometida con el pueblo, se la sataniza, para que la conciencia del pueblo no dé un paso de independencia. Heriberto Rentería no hablaba por sí mismo, pero lo hacía con sinceridad, porque esa bola -un auténtico chisme, una calumnia- la habían echado a correr quienes temían que un pueblo organizado se liberara de los corruptos politiqueros de turno, los nuevos esclavizadores. El juramento exigido rindió su fruto: premiar la valentía del pueblo que podía tener sus razones para dudar de una Iglesia que no siempre le ha dicho la verdad. Y era necesario clarificar las conciencias.

Nunca en mi vida he hecho un juramento con tanto gusto. Y delante de la asamblea afrotrataña grité: “Juro, ante la Palabra de Dios, que las bases de nuestra organización son plenamente cristianas. No estamos haciendo otra cosa que lo que Jesús hizo cuando curaba a los ciegos y a los sordos, y a los paralíticos, y a los mudos: hacer que el pueblo vea su situación, que sepa escuchar su propia historia de opresión, que camine por sí mismo recobrando su propia autonomía y que recobre su propia voz que sólo se hace escuchar si lo hace organizado. Juro que no necesitamos recurrir ni a Marx, ni a ningún líder comunista nacional o extranjero, para hacer que el pueblo practique el mandamiento del amor en una organización en donde todos se sientan hermanos, en donde haya personas que sepan dar lo que saben, lo que son, lo que tienen y lo que creen, en una palabra, que sepan dar la vida por los otros. Cristo existió antes que Marx y antes que Marx existe en el ser humano la posibilidad del amor y de la comunitariedad. Juro que, si nos organizamos en el nombre de Jesucristo, somos los más cristianos del mundo”. El pueblo lo entendió. Yo creo que la historia de 25 años hubiera mostrado en algún momento siquiera la cola del pretendido comunismo, que tanto obsesiona a los capitalistas de nuestra patria que siguen ciegos ante la miseria y la pobreza de un pueblo que ya no aguanta más.

Recuerdo que nuestro Obispo de entonces, porque también a él le había llegado el chisme de que los misioneros nos habíamos convertido en comunistas, me llamó al orden. Yo sólo le comenté: Monseñor, hasta ahora he pasado la vida estudiando Biblia y ayudando al campesinado y no he tenido tiempo de preocuparme por las

tesis que defiende el comunismo. Le prometo que voy a comenzar a estudiarlo un poco, para ver si sí es cierto que coincidimos. Por ahora remítase al Evangelio y mire los resultados sociales que da el Evangelio leído desde los pobres. No pierda su paz. Y el Obispo fue uno de los mejores apoyos de la organización.

Fue entonces cuando nacieron varios sacramentos inculturados: la Eucaristía afrotrataña, que celebraba con alegría el nacimiento de la organización campesina, el sacramento del Bautismo que comprometía a los padres y padrinos a darle al hijo recién nacido el cobijo de una comunidad organizada y el sacramento de la Confirmación que buscaba que el joven, desde su propia fe y decisión, optara por comprometer su vida en la organización del pueblo. De esta manera, la fe cristiana se comprometía con la vida del pueblo, reflejada en una organización. Por eso yo les digo a todos ustedes, miembros de COCOMACIA que me escuchan: si desde las ciencias sociales ustedes pueden ver a su organización como una expresión de madurez social, política y antropológica, desde la fe, ustedes pueden considerar a su organización como un espacio sacramental, como un lugar teológico, ya que en ella podemos demostrar, de una manera concreta, cuánto es nuestro amor por nuestros hermanos, los más empobrecidos de Colombia. Vale la pena ser cristiano, cuando el cristianismo nos humaniza. De esta manera comenzamos a salvarnos ya desde esta misma vida.

Tareas de futuro:

- 1) COCOMACIA debe pedirle (yo diría que exigirle) a la Iglesia católica (también diría que a todas las demás Iglesias), y a los diferentes equipos misioneros, que se unan de nuevo a las causas justas que defiende la organización. Han vuelto a aparecer en el horizonte rasgos de unas Iglesias que han dejado de creer en las posibilidades de redención que tiene el pueblo chocoano. Se oyen en el ambiente frases como éstas: estos negros chocoanos ya no dan más, con el Chocó no se puede, está condenado a desaparecer, culpa de sus líderes corruptos, ¡asunto!... Y con estas falsedades estamos durmiendo tranquilos.
- 2) Es papel de la Iglesia, en este momento, recordarle a COCOMACIA que la corrupción no hay que taparla con el pretexto de que hay amenaza de dividir al Chocó, ni justificarla con el hecho de que en otras partes de la nación también hay corrupción. Con funcionarios corruptos e ineptos (por su falta de preparación y su falta de voluntad de servicio), el Chocó no dará un paso en su progreso. Por eso COCOMACIA no puede ser ni inocente ni corrupta en el momento de dar su voto. Con nuestros votos nosotros mismos nos fraguamos nuestro futuro. Después los lamentos y llantos son inútiles.



3) Frente al enfriamiento de los ministros eclesiásticos en relación con las organizaciones populares, tenemos que entender que también las generaciones en las Iglesias se desgastan y se renuevan, que esta Diócesis, como lo hace la mayor parte de las instituciones eclesiásticas y religiosas, nos forman como ministros fuera del propio ambiente y nosotros, al no palpar la pobreza de nuestra propia gente, terminamos olvidándonos de ella, con la permanente tentación del arribismo. Por lo mismo, ustedes deben hoy hacer algo para que las Iglesias se sigan comprometiendo con las causas justas del pueblo. Estamos en un país mayoritariamente cristiano, coordinados por diferentes Iglesias que confiesan seguir a Cristo. Y todos sabemos que el cristianismo, cuando está mal asimilado, se convierte en impedimento para que el pueblo se comprometa socialmente. Somos muchas las Iglesias que confesamos seguir a Jesús de Nazaret y a todas nos cuesta mucho superar nuestras diferencias históricas. El verdadero pluralismo religioso acontecerá cuando las diferentes Iglesias nos sentemos juntas con el pueblo para darle solución a sus problemas. Hay evangelizadores o líderes religiosos que no conocen el significado original de la ACIA, ni de COCOMACIA, ni sus banderas de lucha. A ustedes les corresponde ser anunciadores de las bondades de su propia organización. Es tarea de COCOMACIA evangelizar, con su compromiso social, a las Iglesias cristianas del Chocó del siglo veintiuno.

CONCLUSIÓN:

Si yo, compañeros aciáticos, les estoy hablando aquí, en este momento, es porque considero que evangelizar al pueblo implica colaborar en su organización, ya que ésta le ofrece posibilidades concretas de humanización. Organizar es la forma contemporánea de evangelizar: no hay otra forma de que el pueblo reclame sus derechos ni los viva, sino es en una organización que haga sentir su voz. Nosotros los evangelizadores nos preciamos a veces de ser la voz de los sin voz. Sin embargo, tenemos que dejar de ser la voz de los sin voz, para que el pueblo tenga su propia voz. Nuestro papel como Iglesia debe ser más bien sumarnos a la voz del pueblo, sobre todo cuando éste ya está organizado.

Aparentemente la historia nos ha llevado -a mí y a ustedes- en estos últimos años, por caminos diferentes. Algunos de los misioneros de entonces estamos en la ciudad, en una universidad, y ustedes continúan en las comunidades campesinas del Medio Atrato. Pero no crean que nos sentimos lejanos de ustedes: el lugar donde yo y otros compañeros de lucha hoy nos encontramos, es la lógica

consecuencia de lo que con ustedes hace 25 años comenzamos: un camino de educación y formación. Muchos de ustedes recorrieron con nosotros varios de los peldaños en los niveles clásicos de la educación: pasaron por la alfabetización, hicieron su básica primaria, pasaron a su bachillerato y están con ansias de llegar a ser profesionales, para obtener el pleno reconocimiento social que se merecen. Pero su pobreza y la lejanía de los centros de educación superior no se los han permitido. Las mismas personas que un día los alfabetizamos, estamos ahora esperándolos para ofrecerles la posibilidad de ser también universitarios.

Si la historia nos ha colocado en la Fundación Universitaria Claretiana (FUCLA), es sencillamente para que ustedes encuentren de nuevo unos amigos que les ofrecen abrirles estas puertas de la educación superior, cerradas para los pobres que carecen de recursos. Nuestra Universidad quiere llegar a la selva, a las comunidades; deseamos ser la Universidad de ustedes, de las organizaciones populares y del pueblo marginado de la ciudad. Pensemos juntos cómo se hace realidad este sueño y tantos otros proyectos soñados, a lo largo de estos 25 años, a las orillas de nuestro río padre, nuestro hermoso río Atrato, río de vida, hoy tristemente convertido en río de violencia, de sangre y de muerte. COCOMACIA y la FUCLA debemos seguir siendo para el Atrato una concreta esperanza de vida.